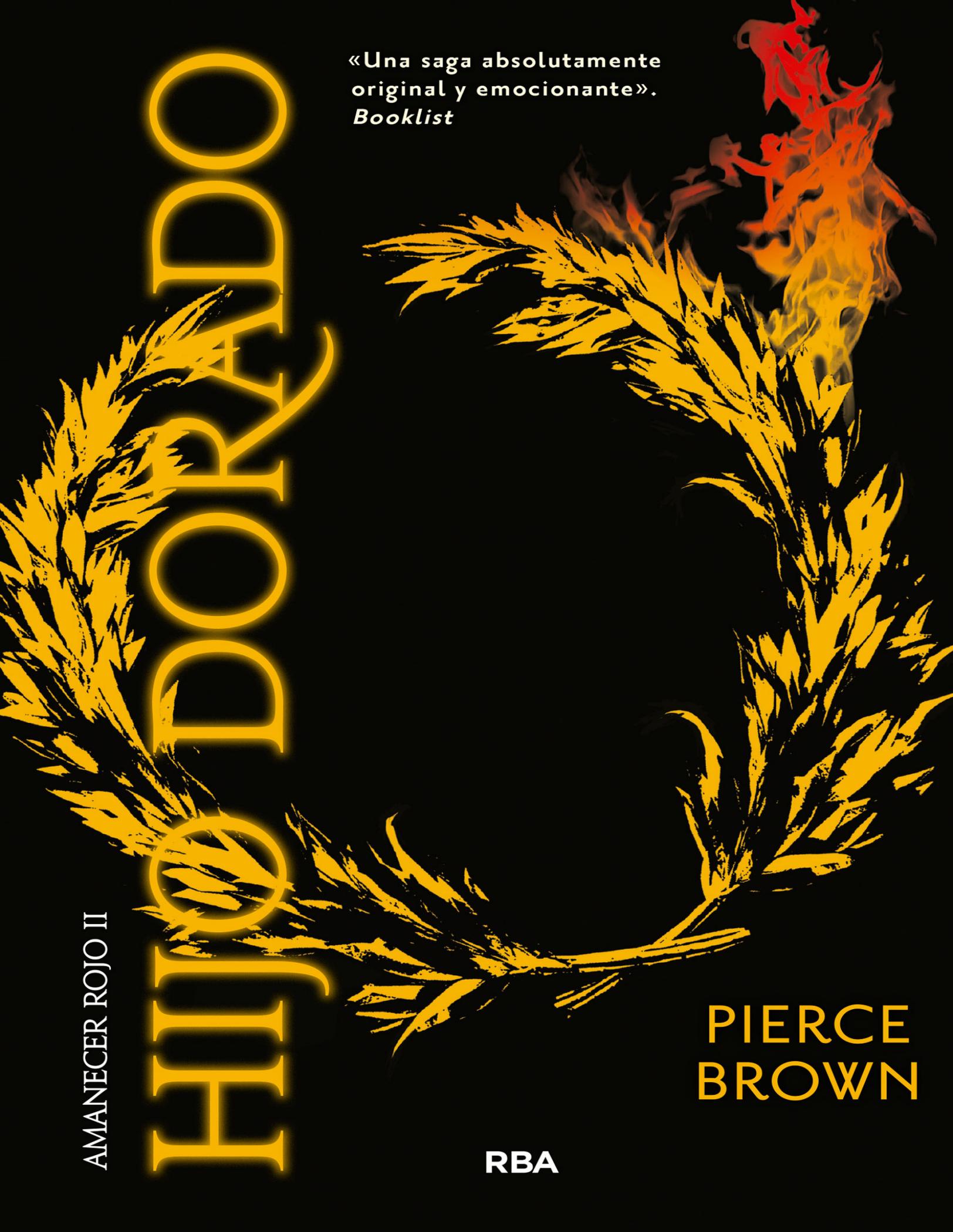


AMANECER ROJO II

HUJO DORADO



«Una saga absolutamente original y emocionante».
Booklist

PIERCE
BROWN

RBA

Título original inglés: *Golden Son*

© Pierce Brown, 2015.

© de la traducción: Ana Isabel Sánchez, 2015.

© de esta edición digital: RBA Libros y Publicaciones, S.L.U., 2015.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

CÓDIGO SAP: OEBO452

ISBN: 9788490069257

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

DEDICATORIA

DRAMATIS PERSONAE

PRIMERA PARTE. HUMILLARSE

1. CAUDILLOS
2. LA BRECHA
3. SANGRE Y ORINA
4. CAÍDO
5. ABANDONADO
6. ÍCARO
7. LA PLACENTA
8. CETRO Y ESPADA
9. LA OSCURIDAD
10. DESTROZADO
11. ROJO

SEGUNDA PARTE. ROMPER

12. SANGRE POR SANGRE
13. PERROS LOCOS
14. LA SOBERANA
15. VERDAD
16. EL JUEGO
17. LO QUE TRAE LA TORMENTA
18. MANCHAS DE SANGRE
19. CIGÜEÑA
20. SONDEA INFIERNOS
21. MANCHAS
22. FLOR DE FUEGO
23. CONFIANZA
24. HUEVOS CON BEICON

TERCERA PARTE. CONQUISTAR

25. PRETORES
26. TITIRITERO
27. GOMINOLAS
28. LOS HIJOS DE LA TORMENTA

29. LA IRA DEL ANCIANO
30. TORMENTA EN FORMACIÓN
31. GOLPE DE ESTADO
32. MORIR JOVEN
33. UN BAILE
34. HERMANOS DE SANGRE
35. LA HORA DEL TÉ
36. SEÑOR DE LA GUERRA
37. GUERRA
38. LA LLUVIA DE HIERRO
39. EN LA MURALLA

CUARTA ARTE. ARRUINAR

40. BARRO
41. AQUILES
42. LA MUERTE DE UN DORADO
43. EL MAR
44. EL POETA
45. REGALOS
46. HERMANDAD
47. LIBRE
48. EL MAGISTRADO
49. POR QUÉ CANTAMOS
50. LAS PROFUNDIDADES
51. HIJO DORADO

AGRADECIMIENTOS

A MI MADRE, QUE ME ENSEÑÓ A HABLAR



DORADOS

Los gobernantes de la humanidad, extremadamente inteligentes.

PLATADOS

Innovadores, financieros y empresarios.

BIAPCOS

Sacerdotes y sacerdotisas que supervisan las funciones rituales de la Sociedad.

COBRFS

Administradores, abogados y burócratas.

AZULES

Pilotos y astronavegantes criados para tripular los cruceros estelares.

AMARILLOS

Expertos en ciencias humanas y de la naturaleza. Médicos, psicólogos y científicos.

VERDES

Los programadores y desarrolladores de la tecnología.

VIOLETAS

La clase creativa de los artistas, músicos y actores.

PARAPJAS

Proporcionan soporte de sistemas en los cruceros estelares y en todo tipo de empresas mecánicas.

GRISES

Personal policial y militar.

MARROIFS

Sirvientes en las casas, empresas e instituciones sociales.

OBSIDAPNOS

Una raza monstruosa criada solo para la guerra.

ROSAS

De una belleza sin parangón, los crían y preparan para el arte del placer físico.

ROJOS

Trabajadores manuales sin cualificar sometidos a entornos



DRAMATIS PERSONAE

Casa de Augusto y aliados

NERÓN AU AUGUSTO: archigobernador de Marte, cabeza de la Casa de Augusto, padre de Virginia y Adrio.

VIRGINIA AU AUGUSTO/MUSTANG: hija de Nerón, hermana gemela de Adrio.

ADRIO AU AUGUSTO/CHACAL: hijo del archigobernador, heredero de la Casa de Augusto, hermano gemelo de Virginia.

PLINIO AU VELOCITOR: jefe político de la Casa de Augusto.

DARROW AU ANDRÓMEDA/SEGADOR: archiprimus del Instituto de Marte, lancero de la Casa de Augusto.

TACTO AU RATH: lancero de la Casa de Augusto.

ROQUE AU FABII: lancero de la Casa de Augusto.

VICTRA AU JULII: lancera de la Casa de Augusto, hermanastra de Antonia, hija de Agripina.

KAVAX AU TELEMANUS: cabeza de la Casa de Telemanus, aliado de la Casa de Augusto, padre de Daxo y Pax.

DAXO AU TELEMANUS: heredero e hijo de Kavax, hermano de Pax.

Casa de Belona

TIBERIO AU BELONA: cabeza de la Casa de Belona.

CASIO AU BELONA: heredero de la Casa de Belona, hijo de Tiberio, lancero de la Casa de Belona.

KARNUS AU BELONA: hijo de Tiberio, hermano mayor de Casio, lancero de la Casa de Belona.

KELLAN AU BELONA: pretor, primo de Casio, sobrino de Tiberio.

Dorados notables

OCTAVIA AU LUNE: soberana reinante de la Sociedad.

LISANDRO AU LUNE: nieto de Octavia, heredero de la Casa de Lune.

AJA AU GRIMMUS: jefa de guardaespaldas de la soberana.

MOIRA AU GRIMMUS: jefa política de la soberana.

LORN AU ARCOS: antiguo Caballero de la Furia.

FITCHNER AU BARCA: antiguo próctor de Marte, padre de Sevro.

SEVRO AU BARCA/TRASGO: líder de los Aulladores, hijo de Fitchner.

AGRIPINA AU JULII: cabeza de la Casa de Julii, madre de Victra y Antonia.

ANTONIA AU SEVERO-JULII: exmiembro de la Casa de Marte, hermanastra de Victra, hija de Agripina.

Hijos de Ares

ARES: líder terrorista, color desconocido. DANCER: teniente de Ares, rojo.

HARMONY: teniente de Dancer, roja.

MICKEY: tallista, violeta.

EVEY: antigua esclava de Mickey, rosa.

Érrese una vez un hombre que bajó del cielo y asesinó a mi esposa. Ahora camino a su lado por una montaña que flota sobre nuestro mundo. Cae la nieve. En la roca bostezan almenas de piedra blanca y cristal reluciente.

A nuestro alrededor se arremolina un caos de ambición. Todos los magníficos dorados de Marte descienden sobre el Instituto para reclamar a los mejores y más brillantes alumnos de nuestro año. Sus barcos abarrotan el cielo matutino y proyectan sus sombras sobre un mundo de nieve y castillos humeantes camino del Olimpo, el lugar que arrasé hace apenas unas horas.

—Échale un último vistazo —me dice cuando nos acercamos a su lanzadera—. Todo lo anterior no ha sido más que un susurro de nuestro mundo. Cuando dejas esta montaña, todos los vínculos se rompen, las promesas quedan reducidas a polvo. No estás preparado. Nadie lo está jamás.

Entre la multitud, veo a Casio con su padre y sus hermanos de camino a su lanzadera. Nos abrazan con la mirada sobre el paisaje blanco, y me viene a la memoria el sonido del corazón de su hermano cuando latió por última vez. Una mano ruda de dedos huesudos se aferra posesivamente a mi hombro.

Augusto mira fijamente a sus enemigos.

—Los Belona no perdonan ni olvidan. Son muchos. Pero

no pueden hacerte daño. —Su mirada de ojos fríos se vuelve hacia mí, su premio más reciente—. Porque tú me perteneces, Darrow, y yo protejo lo que es mío.

Y yo también.

Durante setecientos años, mi pueblo ha estado esclavizado, privado de voz y de esperanza. Ahora yo soy su espada. Y no perdono. No olvido. Así que dejaré que me guíe hasta su lanzadera. Que piense que es mi dueño. Que me reciba en su casa, porque así podré quemarla hasta los cimientos.

Pero entonces su hija me agarra de la mano y siento que la pesada carga de todas las mentiras recae sobre mis hombros. Dicen que un reino dividido no puede perdurar. Pero no mencionaron qué le ocurre al corazón en ese mismo caso.



Hic sunt leones. Aquí hay leones.

NERÓN AU AUGUSTO

1

CAUDILLOS

Mi silencio atrona. Estoy sobre el puente de mi crucero estelar, con el brazo roto y en cabestrillo y las quemaduras de iones del cuello aún en carne viva. Estoy exhausto. Llevo el filo enredado en torno al brazo sano, el derecho, como una gélida serpiente de metal. Ante mí, se abre el espacio, vasto y terrible. Unos pequeños fragmentos de luz agujonean la oscuridad y varias sombras primordiales se mueven para bloquear esas estrellas en los límites de mi campo visual. Asteroides. Flotan con lentitud alrededor de mi buque de guerra, Quietus, mientras escudriño la negrura en busca de mi presa.

—Vence —me ordenó mi señor—. Vence, ya que mis hijos no pueden, y honrarás el nombre de Augusto. Vence en la Academia y te ganarás una flota.

Le encantan las repeticiones dramáticas. Como a la mayoría de los hombres de estado.

Le gustaría que ganara por él, pero yo ganaré por la chica roja que tenía un sueño más grande de lo que ella habría podido llegar a ser jamás. Ganaré para que él muera y el mensaje de aquella muchacha arda a través de los siglos. Poca cosa.

Tengo veinte años. Soy alto y ancho de espaldas. Mi uniforme, ahora arrugado, es de piel de marta cibelina.

Tengo el pelo largo y los ojos dorados inyectados en sangre. Mustang me dijo una vez que mi rostro es afilado, que las mejillas y la nariz parecen esculpidas en mármol airado. Evito los espejos. Prefiero olvidar la máscara que llevo, la máscara que luce la cicatriz curvada de los dorados que gobiernan los mundos desde Mercurio hasta Plutón. Pertenezco a los Marcados como Únicos. Los más crueles y brillantes de los humanos. Pero extraño a la más cálida de todos ellos. A la que hace casi un año me pidió desde su balcón que me quedara cuando me despedí de ella y de Marte. A Mustang. Como regalo de despedida le entregué un anillo de oro con la imagen de un caballo y ella me dio un filo. Muy apropiado.

El sabor de sus lágrimas se pudre en mi memoria. No he sabido nada de ella desde que salí de Marte. Aún peor, no he sabido nada de los Hijos de Ares desde que gané en el Instituto de Marte hace más de dos años. Dancer me dijo que se pondría en contacto conmigo cuando me graduara, pero me han dejado vagando a la deriva entre un mar de rostros dorados.

Esto está muy lejos del futuro que me imaginaba para mí cuando era niño. Muy lejos del futuro que quería construir para mi pueblo cuando permití que los Hijos de Ares me tallaran. Creí que cambiaría los mundos. ¿Qué joven estúpido no lo piensa? Sin embargo, la maquinaria de este vasto imperio me ha engullido en su avance inexorable.

En el Instituto nos adiestraron para sobrevivir y conquistar. Aquí, en la Academia, nos han educado en la

guerra. Ahora están poniendo a prueba nuestra soltura. Dirijo una flota de buques de guerra contra otros dorados. Luchamos con municiones falsas y enviamos partidas de abordaje de un barco a otro como en los combates astrales de los dorados. No hay motivo para destruir un navío que cuesta la producción anual total de veinte ciudades cuando puedes mandar una nave sanguijuela llena de obsidianos, dorados y grises para que se apropien de sus órganos vitales y la conviertan en tu botín.

Durante las clases de combate astral, nuestros profesores nos repitieron machaconamente las máximas de su raza. Solo sobreviven los fuertes. Solo gobiernan los listos. Y luego se largaron y nos dejaron para que nos las arreglásemos por nosotros mismos saltando de asteroide en asteroide, buscando suministros y bases, persiguiendo a los demás alumnos hasta que solo han quedado dos flotas.

Sigo participando en un juego. Solo que este es el más mortífero hasta el momento.

—Es una trampa —dice Roque a mis espaldas.

Lleva el pelo largo, como yo, y tiene el rostro tan suave como el de una mujer y tan sereno como el de un filósofo. Matar en el espacio es distinto que matar en la tierra. Roque es un genio en lo primero. Hay poesía en ello, dice. Poesía en el movimiento de las esferas y los buques que navegan entre ellas. Su cara encaja con los azules que forman la tripulación de estos navíos, hombres y mujeres livianos que se mueven como espíritus errantes por las salas metálicas, todo lógica y orden estricto.

—Pero no es tan elegante como Karnus podría pensar — prosigue—. Sabe que estamos ansiosos por terminar con el juego, así que se quedará esperando al otro lado. Quiere forzarnos a entrar en un cuello de botella y lanzarnos sus misiles. Eficacia probada desde el amanecer de los tiempos.

Roque señala con cuidado el hueco que queda entre dos asteroides gigantescos, un pasadizo estrecho que debemos recorrer si queremos continuar persiguiendo el maltrecho buque de Karnus.

—Todo es una maldita trampa. —Tacto au Rath, larguirucho y desaliñado, bosteza. Apoya su peligrosa complexión contra el ventanal y absorbe por la nariz una pizca de la sustancia que lleva en su anillo. Tira al suelo el cartucho gastado—. Karnus sabe que está perdido. Tan solo quiere torturarnos. Arrastrarnos hacia una persecución estúpida para que no podamos dormir. Es un capullo egoísta.

—Eres un florecilla, siempre cotorreando y gimiendo —lo increpa Victra au Julii desde su puesto junto a la cristalera.

Los irregulares mechones de pelo de la chica apenas sobrepasan la altura de sus orejas agujereadas con jade. Impetuosa y cruel, pero no en exceso, desdeña el maquillaje a favor de las cicatrices que se ha ganado a lo largo de sus veintisiete años. Y son muchas.

Su mirada es dura, profundamente decidida. Su boca, sensual, grande, con unos labios moldeados para ronronear insultos. Se parece más a su célebre madre que a su

hermanastra pequeña, Antonia; pero supera con creces a ambas en su capacidad para sembrar el caos.

—Las trampas no significan nada —asegura—. Su flota está destrozada. No tiene más que un barco. Nosotros tenemos siete. ¿Y si le partimos la boca de una vez?

—Es Darrow quien tiene siete barcos —le recuerda Roque.

—¿Perdona? —pregunta Victra, molesta por la corrección.

—Quedan siete de los barcos de Darrow. Has dicho que son nuestros. Y no lo son. Él es el primus.

—El poeta pedante ataca de nuevo. El mensaje es el mismo, buen hombre.

—¿El mensaje de que deberíamos precipitarnos en lugar de ser prudentes? —pregunta Roque.

—El de que son siete contra uno. Resultaría embarazoso dejar que esto se alargue más. Así que aplastemos a esa bestia de Belona con nuestra bota como si fuera una cucaracha, volvamos a la base, recibamos nuestras merecidas recompensas de manos del viejo Augusto y ¡a jugar! —Mueve el tacón a derecha e izquierda para darle énfasis a sus palabras.

—Ahí, ahí —conviene Tacto—. Mi reino por un gramo de polvo de demonio.

—¿Ese ha sido tu quinto chute del día, Tacto? —inquire Roque.

—¡Sí! ¡Gracias por fijarte, mamita querida! Pero me estoy cansando de estas anfetanas militares. Creo que tengo ganas

de clubes de Perlas y copiosas cantidades de drogas decentes.

—Vas a acabar mal.

Tacto se da una palmada en el muslo.

—Vive deprisa. Muere joven. Cuando tú seas una uva pasa vieja y aburrída, yo seré un glorioso recuerdo de épocas mejores y días decadentes.

Roque niega con la cabeza.

—Algún día, mi obstinado amigo, encontrarás a alguien a quien amar que hará que te rías de la estúpida persona que fuiste una vez. Tendrás hijos. Tendrás una hacienda. Y de algún modo aprenderás que hay cosas más importantes que las drogas y los rosas.

—Por Júpiter. —Tacto lo observa completamente aterrizado—. Eso suena de lo más deprimente.

Escudriño el despliegue táctico sin prestar atención a su cháchara.

La presa que perseguimos es Karnus au Belona, el hermano mayor de mi antiguo amigo, Casio au Belona, y del chico al que maté en el Paso, Julian au Belona. En esa familia de pelo rizado, Casio es el hijo favorito. Julian era el más amable. ¿Y Karnus? Mi brazo roto da testimonio: es el monstruo al que dejan salir del sótano cuando tienen que matar cosas.

Mi fama ha crecido desde la etapa del Instituto. Así que cuando la noticia de que por fin el archigobernador iba a enviarme a ampliar mis estudios alcanzó el circuito violeta de los chismorreos, la madre de Casio también mandó a

«estudiar» a Karnus au Belona y a unos cuantos primos suyos escogidos a dedo. Esa familia quiere mi corazón servido en una bandeja. Literalmente. Lo único que los detiene es el emblema de Augusto. Atacarme a mí es atacarlo a él.

De todas maneras, a mí me importan un bledo sus ganas de venganza y la reyerta familiar de mi señor con su casa. Yo quiero ganarme una flota para utilizarla en favor de los Hijos de Ares. Cuánto daño podría causar. He hecho un estudio de las líneas de suministro, los puestos de sensores, los batallones, los centros de datos: de todos los puntos de presión que podrían hacer que la Sociedad se tambaleara.

—Darrow... —Roque se acerca—, contén tu presunción. Recuerda a Pax. El orgullo mata.

—Quiero que sea una trampa —le digo—. Que Karnus se vuelva y nos haga frente.

Inclina ligeramente la cabeza.

—Le has tendido tu propia trampa.

—Vaya, ¿qué te hace pensar eso?

—Podrías habérselo dicho. Yo podría haber...

—Karnus cae hoy, hermano. Ese es el simple meollo de la cuestión.

—Por supuesto. Yo solo quiero ayudar. Ya lo sabes.

—Sí, lo sé. —Reprimo un bostezo y recorro con la mirada las salas de máquinas que hay a mi espalda, más abajo. En ellas trabajan azules de muchos tonos distintos, manejando los sistemas que dirigen mi barco. Hablan más lentamente que ningún otro color, a excepción de los obsidianos, pues

prefieren la comunicación digital. Son mayores que yo, todos ellos graduados de la Escuela de la Medianoche. Tras ellos, cerca del fondo del puente, los marineros grises y varios obsidianos montan guardia. Le doy una palmadita a Roque en el hombro—. Es la hora.

—Marineros —les digo casi gritando a los azules del foso —, agudizad el ingenio. Este es el último clavo del ataúd de los Belona. Hacemos desaparecer a ese bastardo en el espacio y os prometo el mejor regalo que está en mis manos daros: una semana de sueño ininterrumpido. ¿Hecho?

Varios de los grises cercanos al fondo del puente se echan a reír. Los azules se limitan a golpetear sus instrumentos con los nudillos. Daría la mitad de mi sustanciosa cuenta corriente, cortesía del archigobernador, por ver a uno de esos pálidos cabezas de chorlito esbozar una sonrisa.

—Basta de esperas —anuncio—. Artilleros, a sus posiciones. Roque, agrupa los destructores. Victra, ocúpate del objetivo. Tacto, despliegue de defensa. Vamos a acabar con esto de una vez. —Miro a mi flacucho timonel azul. Está de pie en medio del foso, bajo mi plataforma de mando, rodeado por otras cincuenta personas. Los digitatuajes serpenteantes que marcan las cabezas calvas y las manos arácnidas de los azules desprenden sutiles brillos cerúleos y plateados cuando se sincronizan con los ordenadores del buque. Sus miradas se tornan distantes cuando sus nervios ópticos se vuelven hacia el mundo

digital. Solo hablan por deferencia a nosotros—. Helmsman, motores al sesenta por ciento.

—Sí, *dominus*. —Se concentra en el terminal táctico, un holograma globular que flota sobre su cabeza, con la voz mecánica—. Cuidado, la concentración de metal en el asteroide dificulta evaluar las lecturas del espectro. Estamos un poco ciegos. Una flota podría ocultarse al otro lado de los asteroides.

—No tiene flota que ocultar. Entremos en la brecha — digo. Los motores del barco rugen. Le hago un gesto con la cabeza a Roque y declamo—: *Hic sunt leones*. —Las palabras de nuestro señor, Nerón au Augusto, archigobernador de Marte, decimotercero de su nombre. Mis caudillos repiten la frase.

«Aquí hay leones».

LA BRECHA

En el lector táctico, los seis veloces destructores se mueven en torno al buque que me queda. Entre la tripulación azul reina un silencio escalofriante mientras se encargan de las funciones de guerra. En el plano por el que sus mentes vagan en estos instantes, las palabras son más lentas que los icebergs. Mis tenientes controlan mi flota. En cualquier otra ocasión, estarían en sus destructores personales o liderando a los hombres de las naves sanguijuela, pero en el momento de la victoria, los quiero cerca. Aun así, a pesar de que ellos están de pie a mi lado, siento esa separación, ese golfo profundo entre su mundo y el mío.

—Misiles detectados —anuncia el oficial azul.

El puente no se convierte en un hervidero de acción. No hay luces de alarma que hagan cundir el pánico entre la tripulación. No hay gritos que rompan el silencio. Los azules son especímenes fríos, criados desde su nacimiento en sectas comunales donde los enseñan a aferrarse a la lógica y a realizar sus funciones con gélida eficiencia. Suele decirse que son más ordenadores que hombres.

El espacio oscuro que se extiende al otro lado de mi ventanal estalla en un espeso velo de microexplosiones. Nuestro escudo antiaéreo se cubre de una enorme pantalla

de nubes grisáceas. Los misiles que se dirigen hacia nosotros saltan en mil pedazos cuando el escudo hace detonar sus cargas de forma prematura. Pero uno consigue alcanzarnos y un destructor situado en nuestra ala más lejana tiembla debido a la explosión nuclear simulada. Los hombres saldrían de la nave a borbotones. Los gases se filtrarían al exterior. Las explosiones podrían agujerear la carcasa de metal y hacer que el oxígeno ardiendo brotara de su interior como lo haría la sangre de una ballena, y solo para ser engullido por la negrura en un abrir y cerrar de ojos. Pero esto es un juego bélico, y no nos proporcionan bombas nucleares de verdad. Aquí las armas más mortíferas son los propios alumnos.

Otra nave cae cuando las salvas de un cañón de riel atraviesan el escudo antiaéreo.

—Darrow... —dice Victra preocupada.

Distraído, continúo acariciando con los dedos el lugar en el que una vez estuvo el anillo de Eo.

Victra se vuelve hacia mí.

—Darrow, por si no te has dado cuenta, nos está haciendo pedazos.

—La señorita tiene razón, Segador —señala Tacto, cuya cara refleja la luz azulada de la pantalla táctica—. Sea lo que sea lo que tienes reservado para ellos, no te cortes.

—Oficiales, ordenad a los escuadrones Destripador y Garra que ataquen al enemigo.

Observo la pantalla táctica mientras los batallones que envié hace media hora se abaten sobre ambos lados de los

asteroides y alcanzan el flanco de Karnus. Desde esta distancia es imposible distinguirlos a simple vista, pero provocan destellos dorados en la pantalla.

—Enhorabuena, amigo mío —susurra Roque antes incluso de que se haya realizado. Hay una extraña veneración en su voz, ya ha desaparecido cualquier posible dejo de frustración que pudiera haber transmitido antes—. Esto lo cambiará todo. —Me toca el hombro—. Todo.

Observo cómo mi trampa cae sobre el enemigo y siento que la inminente victoria logra que la tensión de mis hombros se disipe. Los grises de mi puente dan un paso al frente. Incluso los obsidianos se acercan a ver las pantallas cuando la nave de Karnus detecta a mis escuadrones en sus radares. Intenta huir acelerando los motores para escapar de la que se le viene encima. Pero los ángulos conspiran en su contra. Mis batallones liberan sus misiles antes de que Karnus pueda desplegar un escudo antiaéreo o poner a punto sus propios misiles. Treinta explosiones nucleares simuladas destruyen su última nave. A estas alturas del juego no tiene sentido capturar su buque, así que los pilotos de combate azules se recrean un poco con el ataque.

Y, sin más, he ganado.

Los gritos de los grises y los técnicos naranjas inundan mi puente. Los azules entrechocan los nudillos con fuerza. Los obsidianos, fuera de lugar en este mundo de alta tecnología, no emiten ni un solo ruido. En su puesto del puente, mi ayudante personal, Teodora, sonrío a sus

subordinados más jóvenes. Es una antigua cortesana rosácea que hace tiempo que pasó sus mejores años, así que ha oído muchos secretos y me sirve como consejera social.

Por toda la nave, desde los motores hasta las cocinas, las holopantallas transmiten la victoria. No es solo mi victoria. Cada uno de mis hombres y mujeres la comparte a su manera. Esa es la estrategia de la Sociedad. Para prosperar, tu superior debe prosperar. Del mismo modo en que yo encontré un patrono en Augusto, los colores inferiores deben encontrar el suyo en mí. Así se genera una lealtad de necesidad hacia los dorados que el propio sistema de colores no puede crear por mero dictado.

Ahora mi estrella ascenderá, y todos los que están a bordo de mi buque ascenderán con ella.

En esta cultura, el poder y el potencial son fama. No hace mucho, cuando el archigobernador anunció que iba a financiar mis estudios en la Academia, los canales de la holopantalla hirvieron en especulaciones. ¿Podría ganar alguien tan joven, alguien procedente de una familia tan patética? Fijaos en lo que hice en el Instituto. Rompí el juego. Conquisté a los próctores, maté a uno y maniaté a los demás como si fueran niños. Pero ¿acaso fui flor de un día? Pues aquí tienen su respuesta esos capullos charlatanes.

—Helmsman, pon rumbo a la Academia. Nos esperan los laureles —anuncio entre vítores.

«Laurel». La mera palabra retumba en mi pasado y me

trae un sabor amargo a la boca. A pesar de mi sonrisa, no siento un gran júbilo por esta victoria. Tan solo una satisfacción sombría.

Un paso más, Eo. Un paso adelante más.

—Pretor Darrow au Andrómeda. —Tacto juguetea con el título—. Los Belona se cagarán vivos. Me pregunto si podré sacar una comandancia de esto... ¿O crees que debería unirme a tu flota? Nunca se sabe. La condenada burocracia es tan aburrida... Para eso están los cobres. Los dorados apuntamos más alto. Mis hermanos querrán organizarnos una fiesta, naturalmente. —Me da un codazo—. En una Fiesta de los Hermanos Rath puede que incluso tú eches al fin un polvo.

—Como si fuera a tocar a tus amigas. —Victra me aprieta la mano y deja que sus dedos me acaricien como si llevara un camisón y no una armadura—. Por más que me cueste decirlo, Antonia no se equivocaba contigo.

Noto que Roque se estremece y recuerdo el ruido que hizo Antonia al cortarle la garganta a Lea mientras intentaba persuadirme para que abandonara mi escondite en el Instituto. Yo permanecí entre las sombras y oí cómo mi pequeña amiga caía sobre el suelo húmedo y musgoso. Roque quería a Lea a su modo.

—Ya te he dicho que no pronuncies el nombre de tu hermana en nuestra presencia —le digo a Victra, que tuerce el gesto ante el brusco rechazo.

Me vuelvo hacia Roque.

—Como pretor, creo que tengo autoridad para formar mi

flota con el personal que elija. Tal vez debamos traer de vuelta a unas cuantas caras conocidas. A Sevro desde Plutón, a los Aulladores desde donde demonios los enviaran, y quizás... ¿a Quinn desde Ganímedes?

A Roque se le enrojecen las mejillas al escuchar el nombre de Quinn.

Personalmente, al que más deseo traer es a Sevro. Ninguno de los dos somos especialmente diligentes a la hora de mantenernos en contacto a través de la holonet, sobre todo yo, puesto que no he tenido acceso a ella desde que comenzó la Academia. De todas formas, lo único que le gusta mandar a Sevro son hologramas de unicornios pervertidos hasta el extremo y vídeos de él leyendo retruécanos. Plutón lo ha convertido, si cabe, en alguien todavía más extraño. Y tal vez más solitario.

—*Dominus*.

La voz del timonel azul hace que me fije en la pantalla.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Tiene los ojos vidriosos. Distantes, sumergidos en los sensores de la nave, estudiando todos los datos de la pantalla hacia la que me he vuelto.

—No está claro, *dominus*. Distorsión de los sensores. Imágenes falsas.

En la enorme pantalla central, los asteroides aparecen en azul. Nosotros somos dorados. Los enemigos, rojos. No debería quedar ninguno. Sin embargo, un punto rojo palpita sobre ella. Roque y Victra se acercan a la pantalla. Mi amigo mueve la mano y los datos se transfieren a su

propio dispositivo. Un hologlobo más pequeño flota ante él. Aumenta la imagen y la estudia con filtros analíticos.

—¿Radiación? —aventura Victra—. ¿Escombros?

—La mena del asteroide podría provocar una refracción en espejo de nuestra señal —comenta Roque—. No puede ser un programa... Ha desaparecido.

El punto rojo titila y se desvanece, pero la tensión se ha extendido por el puente. Todo el mundo observa la pantalla. Nada. Ahí fuera no hay nada aparte de mis barcos y el destrozado buque insignia de Karnus. A no ser que...

Roque se vuelve hacia mí, con la cara demacrada, aterrorizado.

—Huye —consigue decir justo cuando la señal roja vuelve a cobrar vida.

—Motores a toda máquina —rujo—. Treinta grados más allá de nuestro eje.

—Lanzad el resto de los misiles contra la superficie del asteroide —ordena Tacto.

Demasiado tarde.

Victra ahoga un grito y yo veo con mis propios ojos lo que nuestros instrumentos apenas podían detectar. Un destructor oculto surge de un hueco del asteroide. Un barco que creía que habíamos derrotado hace tres días. Mantenía los motores apagados mientras se agazapaba a la espera. Tiene la mitad delantera rota y ennegrecida a causa de los daños. Pero ahora sus motores funcionan a plena potencia. Y su trayectoria lo lleva directamente hacia mi barco.

Va a embestirnos.

—¡Trajes y cápsulas de evacuación! —grito.

Alguien vocifera que nos preparemos para el impacto. Corro hacia un extremo del puente, donde está encastrada la cápsula de escape de la comandancia. A mi orden, se abre. Tacto, Roque y Victra se introducen en ella a toda prisa. Yo me quedo atrás, gritándoles a los azules que se apresuren y se desincronicen. Tanta lógica, y sin embargo serían capaces de morir por sus barcos.

Deambulo por el puente, vociferando que activen su escotilla de escape. El timonel obedece y aprieta un botón que hace que se abra un agujero en el suelo del foso. Uno por uno, se desincronizan y son absorbidos por el tubo de gravedad hacia sus cápsulas de escape.

—¡Teodora! —grito cuando la veo observando a un joven azul que continúa aferrado a su dispositivo de operaciones con los nudillos blancos, aterrorizado—. ¡Métete en la condenada cápsula!

No me hace caso. El azul tampoco suelta la pantalla. Echo a andar hacia ellos justo cuando el sensor de proximidad lanza un último aviso de cercanía.

Todo se ralentiza.

Las luces del puente se vuelven rojas y comienzan a parpadear.

Salto hacia Teodora y la rodeo con los brazos.

Y el destructor impacta contra el eje central de mi buque.

Abrazado a Teodora, salgo despedido por el puente y choco contra una pared de metal situada a treinta metros

de mi posición. Un dolor agudo me recorre el brazo izquierdo, son las juntas de la fractura aún sin soldar. La oscuridad me golpea. Las luces bailan en ella, primero como estrellas, luego como líneas de arena ondulante sacudida por el viento.

Una luz roja se filtra a través de mis párpados. Una mano suave me tira de la ropa.

Abro los ojos. Estoy enrollado en torno a una columna eléctrica dentada mientras el barco se estremece, gimiendo como una bestia anciana y agonizante que se hunde en las profundidades. La columna tiembla con violencia contra mi estómago mientras el destructor termina de rebanar nuestro eje central. Nos destripa con parsimoniosa crueldad.

Alguien grita mi nombre. Los sonidos vuelven a cobrar vida.

Las luces bañan el puente alternando matices de rojo asesino. Sirenas de alarma. El canto del cisne del buque. Las manos viejas y delicadas de Teodora tiran de mí, como un pájaro que tira de una estatua caída. Me sangra la frente. Tengo la nariz rota. Me enjugo la sangre que hace que me escuezan los ojos y me doy la vuelta para tumbarme de espaldas. Una pantalla rota titila a mi lado. Está manchada con mi sangre. ¿Se me ha caído encima? A su lado hay una barra, y mi mirada se desvía hacia Teodora. Ella me la ha quitado de encima. Pero es muy pequeña. Me agarra la cara con ambas manos.

—Levanta. *Dominus*, si quieres vivir, tienes que